

PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO

Presidente del Instituto E. Mounier

La cuestión migratoria se ha convertido en el drama humano más extendido a lo largo del planeta. Sus dimensiones, simplemente por el hecho cuantitativo, la hacen presente de una manera escandalosa. Cerca de 300 millones de personas viven fuera de sus países de origen. Si concentráramos toda la población emigrante en un solo país, tendríamos el cuarto país más poblado del mundo. En sí mismo, eso no es un problema. Pero lo es, ¡y de qué manera!, porque sería uno de los países más pobres del mundo, porque la mayoría de esos emigrantes son pobres y no han elegido la emigración como un capricho, sino que, de algún modo, se han visto forzados a salir de su tierra.

La emigración, digámoslo de una vez, es un mal, un mal menor para muchos, cuyo origen es un mal mayor que afecta a todos los desheredados de la tierra. La emigración empobrece a los países ya empobrecidos, que pierden sus fuerzas humanas más valiosas y favorece a los países de destino, aunque allí se rechace al pobre que emigra como intruso o apestado. La verdad, sin embargo, es otra: *la emigración no es una invasión de los pobres, la emigración es un saqueo a los pobres*. Otro robo más a esos pueblos cuyos hijos un día fueron arrancados de su tierra como esclavos y hoy vienen a nosotros a servirnos sin necesidad de ir a cazarlos a las selvas.

Hace ochenta años, en la presentación del mismo tema en la revista *Esprit*, Mounier describía la cuestión encabezando el texto con una cita que nos pone ante nuestra responsabilidad: «fui extranjero y no me acogiste» (Mt 25, 43):

La dureza de corazón del fariseísmo internacional, traducida en sentimientos públicos y en textos legislativos, y cubierta de razones engañosas. La rapacidad de los especuladores dispuestos a explotar cada miseria humana. Las taras de una administración ignorante, rutinaria, tabicada y dando largas. La misma mezcla de formalismo impotente y de hipocresía sentimental en las instituciones internacionales. El individualismo desordenado de las buenas voluntades. La brutalidad policial. Las servidumbres de una demografía declinante. La estupidez y la incompetencia apoderándose de los problemas en el lugar mismo del interés nacional. Y este mal más secreto: el hundimiento general de un sentido del prójimo, que podría

parecer una adquisición definitiva de las civilizaciones de herencia cristiana.

¿Ha cambiado algo? ¿No parece que Mounier está describiendo el mismo cuadro que hoy nos volvemos a encontrar multiplicado y agravado? ¿Qué hacer con la emigración hoy? Por aquel entonces, Mounier etiquetaba la emigración como un problema revolucionario, no porque fuera una de esas banderas que la demagogia de unos enarbola contra la cerrazón de otros, para luego, llegados al poder seguir con las mismas prácticas *fascistas* que denunciaban. Sigue siendo un problema revolucionario, porque como decía Mounier:

Es revolucionario un problema que obliga a una época, a un país o a un régimen a mirar cara a cara sus responsabilidades esenciales y sus dimisiones evidentes.

Lo que ha cambiado es la escala, ya no es un problema revolucionario de un país o de varios, o de un continente, es un problema revolucionario a escala global, que obliga a toda la humanidad a mirar cara a cara sus responsabilidades y sus dimisiones, sus acciones y sus omisiones, su egoísmo y su indiferencia.

El reciente Pacto Mundial para la Migración Ordenada, Segura y Regular, firmado por 164 países en la Conferencia de Marrakech, en diciembre de 2018, es un primer paso al que deberían seguir otros muchos, o por el contrario quedará en una de tantas declaraciones de buenas intenciones desmentidas por los hechos, con frecuencia luctuosos. Reconocido como un problema global, sistémico, falta reconocer las causas reales que anidan en ese *desorden establecido*, por el que las personas resultan explotadas, despreciadas y sacrificadas en aras de los objetivos de enriquecimiento insaciable de unos pocos privilegiados. Y falta poner fin a ese abuso endémico de un sistema internacional que sigue siendo salvaje.

Hemos elegido aquí tratar de la emigración no como un problema humanitario, sino como un problema estructural, porque es un problema de civilización. Y no uno cualquiera, sino un problema clave o, como decía Mounier, «Problema-testigo, cuya salida será la señal de nuestra curación o la confirmación de nuestra decadencia». ☒